

rrir á España, queriendo pasar á ella para hallarse más próximo á la Vendée y á Charette, que era su héroe. Los agentes de París habían entrado por su parte en relaciones con un emisario de España, que les había obligado á servirse de esta potencia, prometiéndoles que ella haría en obsequio de Monsieur y de Charette lo que la Inglaterra proyectaba en favor del conde de Artois y de Puisaye. Pero era preciso que pudiese pasar Monsieur de los Alpes á los Pirineos por el Mediterráneo y preparar una expedición considerable. Inclínábase, pues, los intrigantes de París hacia España, suponiendo que convenía más á los franceses que la Inglaterra, porque tenían intereses menos opuestos; que por otra parte había ganado ya á Tallián por medio de su mujer, hija del banquero español Cabarrús, y aun se atrevían á decir que estaban seguros de Hoche: ¡tan poco les costaba la impostura para dar importancia á sus proyectos! Pero ni la España, ni sus navíos, ni sus tropas valían, según ellos, nada, en comparación de los grandes planes que pretendían formar en lo interior. Hallándose en el centro de la capital, presenciaban la indignación contra el sistema revolucionario, y decían que debía incitarse y procurar convertirla en provecho de los realistas; pero para esto, los realistas debían mostrarse lo menos temibles que pudiesen, porque la Montaña se fortificaba con los temores que inspiraba la contrarrevolución. Que bastaría una victoria de Charette ó la presencia de los emigrados en Bretaña para dar al partido revolucionario la pérdida fuerza y desacreditar á los termidorianos que les hacían falta; que Charette acababa de hacer la paz, pero que era preciso se dispusiese á volver á tomar las armas; que convenía se sometiesen también por algún tiempo el Anjou y la Bretaña; que entretanto se sedujese á los principales del gobierno y á los generales, dejando que los ejércitos pasasen el Rhin y se empeñasen en Alemania; y que cayendo de repente sobre la Convención descuidada, se proclamaría el triunfo del trono en la Vendée, en la Bretaña y en el mismo París; que concurriendo con estos movimientos simultáneos una expedición española que condujera al regente, podría quedar decidida la victoria de la causa realista; y finalmente, que en cuanto á Inglaterra, sólo debía pedírsela dinero, porque sin él era imposible hacer nada, y engañarla en seguida. De este modo soñaban, según su capricho, cada uno de los mil agentes que la contrarrevolución tenía, ideando medios según su posición y queriendo ser el principal restaurador de la monarquía. La mentira y la intriga eran los únicos recursos de casi todos, y su principal ambición el dinero.

Con semejantes ideas, la agencia de París, parecida á la que preparaba Puisaye en Inglaterra, debía procurar ahogar por entonces cualquiera empresa, pacificar las provincias rebeldes y hacer firmar una paz ficticia. Lemaitre, Brothier y Laville-Heurnois acababan de procurarse relaciones con las provincias insurrectas, á favor de la tregua otorgada á los chuanes. Habíales encargado el regente que pusieran en manos de Charette algunas cartas, y ellos se las entregaron á un antiguo oficial de marina, llamado Duverne de Presle, cesante que andaba buscando un empleo, dándole al mismo tiempo la comisión de que contribuyese á la pacificación, aconsejando á los rebeldes que contemporizarasen y espera-

sen socorros de España y un movimiento en el interior. Este comisionado pasó á Rennes, desde donde hizo llegar á manos de Charette las cartas del regente, y aconsejó luego á todo el mundo que se sometiese momentáneamente. El mismo encargo llevaban también otros comisionados por los agentes de París; de modo que se propagaron más y más por Bretaña las ideas de paz que se habían generalizado. Por todas partes se decía que era preciso deponer las armas, que la Inglaterra engañaba á los realistas, que debía esperarse todo de la Convención, pues iba hasta á restablecer el trono, y que en el tratado con Charette había artículos secretos con la condición de reconocer en breve por rey al joven huérfano del Temple, Luis XVII.

Cormatín, cuya posición era ya muy crítica por haber faltado á las órdenes de Puisaye y de la junta central, halló en el sistema de los agentes de París un pretexto para disculparse. Parece que le prometieron el mando de la Bretaña en lugar de Puisaye. Por fin logró reunir en Prevalaye, á fuerza de trabajo, á los principales chuanes, y empezaron las conferencias.

En el intervalo acababan de llegar de Londres, enviados por Puisaye, los señores Tinteniác y la Roberie, el primero para llevar á los chuanes pólvora, dinero y la noticia de una próxima expedición, y el segundo para avisar á su tío Charette de que estuviese pronto para proteger el desembarco en Bretaña, y para que ambos rompiesen las negociaciones. Habían procurado desembarcar los comisionados con algunos emigrados hacia las costas del Norte, y los chuanes avisados habían acudido á recibirlos, pero fueron derrotados en un encuentro con los republicanos. MM. de Tinteniác y de la Roberie se salvaron por milagro; mas iba á faltarse á la tregua, y Hoche, que empezaba á desconfiar de los chuanes y sospechaba de la buena fe de Cormatín, quiso ponerle arrestado, aunque éste expresó su lealtad á los representantes y logró que no se rompiese la tregua. Continuaron las conferencias en la Prevalaye, á las que asistió un agente de Stofflet. Batido éste, perseguido y reducido al último apuro, privado de todos sus recursos por haberse descubierto el pequeño arsenal que tenía en un bosque, pedía se le admitiese á tratar de la paz y acababa de enviar un representante á la Prevalaye, que era el general Beauvais.

Las conferencias fueron tan acaloradas como en la Jaunaye, y el general Beauvais sostuvo el sistema de guerra, á pesar de la triste posición del jefe que le enviaba; y pretendió que, pues Cormatín había firmado la paz de la Jaunaye y reconocido la república, había perdido el mando que le diera Puisaye y no podía deliberar. Mr. de Tinteniác, que á pesar de mil riesgos había llegado al punto de las conferencias, quiso romperlas en nombre de Puisaye y volverse inmediatamente á Londres, pero se lo estorbaron Cormatín y los partidarios de la paz. Cormatín decidió por fin á la mayoría á una transacción, alegando por causa que ganarían tiempo en una sumisión aparente, y que burlarían la vigilancia de los republicanos. Las condiciones eran las mismas otorgadas á Charette: libertad de cultos, indemnización á los que habían quedado con sus propiedades arruinadas, exención de quintas y creación de guardias territoriales: pero había una condición más en el actual tratado: el abono de millón y medio para los principa-

les jefes, en cuya suma debía tener su parte Cormatín. «Para no dejar un momento, dice el general Beauvais, de obrar de mala fe, Cormatín, al ir á firmar, desenvainó el sable y juró volver á empuñar las armas á la primera ocasión, aconsejando á cada uno que conservase hasta nueva orden la organización establecida y el respeto debido á sus jefes.»

En seguida se trasladaron los jefes realistas á la Mabilaye, á una legua de Rennes, para firmar el tratado en solemne reunión con los representantes. No querían asistir algunos de aquéllos; pero Cormatín les obligó á verificarlo y se efectuó la reunión con las mismas formalidades que en la Jaunaye. Habían pedido los chuanes que no concurriera Hoche á causa de su desconfianza suma, y se accedió á ello. El 1.º floreal (20 de abril) publicaron los representantes los mismos decretos que en la Jaunaye, y los chuanes firmaron una declaración en que reconocían la república y se sometían á sus leyes.

Al día siguiente hizo Cormatín su entrada en Rennes, como Charette en Nantes. La actividad é importancia que había ostentado hacían considerarle como caudillo de los realistas bretones. Se le contemplaba como causa de todo, de las hazañas de aquella multitud de chuanes desconocidos que habían recorrido misteriosamente la Bretaña, y de la paz por tanto tiempo deseada. Aplaudido por los habitantes, lisonjeado por las mujeres y provisto de una buena suma de asignados, percibía todas las ganancias y honores de la guerra, como si hiciese mucho que la estaba sosteniendo.

Había desembarcado en Bretaña sólo para representar este singular papel; pero ni se atrevía á escribir á Puisaye, ni se arriesgaba á salir de Rennes, ni á internarse en el país, receloso de que los descontentos le fusilasen. Los principales jefes se volvieron á sus divisiones y escribieron á Puisaye que les habían engañado, que viniese inmediatamente y que á la menor señal se sublevarían para salir á recibirle. Pocos días después, abandonado Stofflet, firmó la paz en San Florencio, bajo las mismas condiciones.

Mientras las dos Vendées y la Bretaña hacían su sumisión, Charette recibió por primera vez una carta del regente con fecha de 1.º de febrero. Llamábale este príncipe segundo fundador de la monarquía; le hablaba de su reconocimiento, de su admiración y de su deseo de unirse á él nombrándole teniente general, pero estas lisonjas llegaron un poco tarde. Charette, conmovido, respondió inmediatamente al regente que la carta con que le favorecía le llenaba de regocijo; que su amor y fidelidad serían inalterables siempre; que sólo la necesidad le había obligado á ceder, pero que su sumisión era aparente, pues así que los partidos estuviesen más unidos volvería á tomar las armas y se decidiría á morir en la presencia de su príncipe y por la más honrosa causa.

A esto se redujo la primera pacificación de las provincias rebeldes, la cual, como lo había previsto Hoche, no era más que aparente; pero como también lo había él conocido, podría ser funesta á los jefes vandeanos, habituando al país á la paz, á las leyes de la república, y calmando ó inutilizando de cualquier otro modo el furor de combatir que algunos hombres sentían, pues á pesar de las promesas de Charette al regente, y de los

chuanes á Puisaye, debía resfriarse el entusiasmo en los ánimos, pasados algunos meses de sosiego. Esta conducta era hija de una mala fe, perdonable sin duda en la ceguera de las guerras civiles, pero que priva á los que usan de ella del derecho de quejarse por la severidad de sus contrarios. Los representantes y generales republicanos se mostraban sumamente escrupulosos en hacer cumplir las acordadas condiciones. Inútil es á la verdad demostrar cuán absurdo era el rumor que corría entonces, y que aun después se reprodujo, de que los tratados firmados comprendían artículos secretos, con la promesa de colocar á Luis XVII en el trono. ¡Cómo habían de ser tan insensatos los representantes que se obligasen á semejante cosa! ¿Era posible que se quisiese sacrificar á algunos partidarios una república que se defendía obstinadamente contra la Europa toda? Además, ninguno de los jefes, al escribir á los príncipes ó á los agentes realistas, se atrevió á pronunciar semejante absurdo. Charette fué encausado después por haber faltado á las condiciones estipuladas, y no se atrevió á alegar la poderosa defensa de que no se había cumplido un artículo secreto. Puisaye en sus Memorias ha juzgado esta aseveración por tan frívola como falsa, y no la incluiría aquí si no la hubiese visto estampada en multitud de Memorias.

No solamente había producido aquella paz el desarme del país, que coincidía con el de la Prusia, Holanda y Toscana y con las intenciones que no disimulaban otros muchos Estados de Europa, sino que tuvo también la ventaja de producir un efecto moral muy grande, pues la república quedó á un mismo tiempo reconocida por sus enemigos domésticos y exteriores, por la liga y por el mismo partido realista.

No quedaban ya entre los enemigos obstinados de Francia más que el Austria y la Inglaterra, porque la Rusia distaba mucho de ofrecer cuidado; el imperio se hallaba próximo á desunirse y no podía sostener la guerra; el Piamonte estaba aniquilado; la España, que no hacía gran caso de las quiméricas esperanzas de los intrigantes realistas, suspiraba por la paz, y la cólera de la corte de Nápoles era tan impotente como ridícula. Pitt fué el único que no cedió á pesar de los inauditos triunfos de la república francesa y de una campaña que no tenía igual en los anales de la guerra; su sublime talento conoció que todas estas victorias, funestas al continente, ningún perjuicio podían ocasionar á Inglaterra.

El estatúder, los príncipes alemanes, el Austria, el Piamonte y la España, todos habían perdido en esta guerra parte de sus Estados; pero Inglaterra había adquirido en los mares una superioridad innegable; era señora del Mediterráneo y del Océano, se había apoderado de la mitad de las escuadras holandesas, y obligaba á la marina española á debilitarse contra la francesa; procuraba apoderarse de nuestras colonias, iba á ocupar todas las de los holandeses y á asegurarse para siempre su dominación en la India. Necesitaba para esto algún tiempo más de guerra y de discordias políticas entre las potencias del continente. Le interesaba, pues, atizar las enemistades, suministrando auxilios al Austria, despertando el celo de España y preparando nuevos desórdenes en las provincias meridionales de Francia. Nadie perdía como las potencias beligerantes en que quedasen batidas en otra campaña: la Inglaterra

nada tenía que temer, y continuaba adelantando en los mares, en la India y en América; mas si por el contrario quedaban vencedoras las potencias, también ganaba devolviendo al Austria los Países Bajos, que temía verlos en manos de la Francia. Tales eran los crueles, pero profundos planes del ministro inglés. A pesar de las pérdidas que había sufrido la Inglaterra, bien por las presas, bien por las derrotas del duque de York, bien finalmente por los enormes gastos que había hecho para suministrar dinero á la Prusia y al Piamonte, poseía recursos mayores de lo que creían los ingleses y el mismo Pitt. Es verdad que se quejaba amargamente de los innumerables apresamientos, de la penuria y carestía de todos los artículos de su consumo. Los buques del comercio inglés, como eran los únicos que proseguían cruzando los mares, estaban naturalmente más expuestos á caer en manos de los corsarios que los de las demás naciones. Los seguros, que eran un grande objeto de especulación, los hacían temerarios, y á veces no aguardaban á los convoyes, lo cual daba ganancia á nuestros corsarios. En cuanto á la carestía, era general en toda Europa. En el Rhin, alrededor de Francfort, costaba la fanega de centeno á quince florines: el gran consumo de los ejércitos, la infinidad de brazos robados á la agricultura y los desórdenes de la desgraciada Polonia, que no había producido granos en este año, eran la causa de tan extraordinaria carestía. Por otra parte, los transportes á Inglaterra por el Báltico eran imposibles desde que los franceses se apoderaron de Holanda. La Europa se vió obligada á tomar provisiones del Nuevo Mundo, viviendo entonces de los frutos sobrantes en aquellas tierras vírgenes que los americanos del Norte acababan de destinar á la agricultura; pero los transportes costaban mucho, y el precio del pan había subido en Inglaterra á un valor excesivo, no siendo menos el de la carne. No recibían ya lanas de España desde que los franceses ocupaban los puertos de Vizcaya, y así iba á quedar interrumpida la fabricación de paños. De este modo, mientras trabajaba por su futura grandeza, sufría cruelmente la Inglaterra. Los artesanos se sublevaban en todas las ciudades industriales, el pueblo pedía la paz á gritos y llegaban al Parlamento numerosas peticiones cubiertas de millares de firmas, implorando el fin de tan desastrosa guerra. La Irlanda, inquieta por las concesiones de que acababan de privarla, iba á añadir nuevos entorpecimientos á los que ya embarazaban al gobierno.

Aun en medio de tan penosas circunstancias hallaba Pitt motivos y medios de continuar la guerra. Al principio la anhelaba también la corte, y hasta el pueblo inglés, cuyo profundo odio á la Francia se podía encender siempre, á pesar de los mayores padecimientos. Además, por grandes que fuesen las pérdidas del comercio, pérdidas que probaban ser los ingleses los únicos que recorrían los mares, Pitt veía que en los dos últimos años se había aumentado el mismo comercio con el exclusivo goce de todos los frutos de la India y de la América. Descubrió que las exportaciones se habían aumentado sobremanera, desde el principio de la guerra, y podía ya columbrar el porvenir de su nación. Hallaba en los empréstitos recursos cuya fecundidad le asombraba á él mismo. Los fondos no bajaban, pues la pérdida de Holanda les había afectado poco, porque,

como estaba previsto este suceso, había llevado una enorme cantidad de capitales de Amsterdam á Londres. El comercio holandés, aunque patriota, desconfiaba sin embargo de los sucesos y había procurado poner en salvo sus riquezas llevándolas á Inglaterra. Pitt había hablado de un nuevo empréstito considerable, y á pesar de la guerra había visto multiplicarse las ofertas. La experiencia ha probado después que la guerra, al suspender las especulaciones de comercio y dejar sólo las de fondos públicos, facilita los empréstitos lejos de paralizarlos; lo cual es mucho más natural que suceda en un país que, careciendo de fronteras, no ve nunca en la guerra una cuestión de existencia, sino únicamente de comercio y de despacho. Resolvió, pues, Pitt suministrar fondos al Austria con los ricos capitales de su nación, aumentar su marina, reorganizar su ejército de tierra, para llevarle á la India ó á América, y proporcionar á los insurgentes franceses recursos considerables. Concluyó con el Austria un tratado de subsidio como el que en el año anterior había hecho con la Prusia. Esta potencia tenía soldados, y esperaba poner lo menos doscientos mil hombres efectivos en pie de guerra; pero carecía de dinero, y no podía contratar empréstitos ni en Suiza ni en Francfort ni en Holanda. La Inglaterra se obligó, no á proporcionarle fondos, sino á afianzar el empréstito que iba á contratar en Londres. Hacer esto con la deuda de una potencia como el Austria, era comprometerse casi á pagarla; pero bajo esta forma era más fácil de justificar la operación ante el Parlamento. El empréstito era de cuatro millones seiscientos mil libras esterlinas (cuatrocientos sesenta millones de reales) al interés de un cinco por ciento. Pitt abrió al mismo tiempo otro empréstito de diez y ocho millones de libras esterlinas por cuenta de Inglaterra, al cuatro por ciento. La prisa con que acudieron los capitalistas fué extraordinaria; y como el gobierno inglés salía responsable del empréstito austriaco, y además se pagaba interés mayor, exigieron que por cada dos terceras partes que pusiesen en el inglés, se les concediese una tercera en el austriaco. Pitt, después de haberse asegurado del Austria, trató de despertar el entusiasmo en España, pero le halló extinguido; tomó por su cuenta los regimientos emigrados de Condé, y dijo á Puisaye que ya que la pacificación de la Vendée disminuía la confianza que inspiraban las provincias insurgentes, le daría una escuadra, los equipos de un ejército, y los emigrados organizados, pero no soldados ingleses; y que si, como le escribían de Bretaña, no habían cambiado de resolución los realistas, y salía bien la expedición, procuraría hacerla decisiva, enviando un ejército. Resolvió después aumentar su marina de ochenta mil hombres á cien mil, y al efecto ideó una especie de conscripción. Cada buque mercante tenía obligación de aprontar un marinero por cada siete hombres de tripulación, lo cual era una deuda que debía pagar el comercio por la protección que recibía de la marina militar. La agricultura y la industria eran igualmente deudoras de auxilios á la marina que aseguraba el despacho de sus productos, y por consiguiente cada parroquia debía poner también un marinero. Pitt logró así dar á la marina inglesa un desarrollo extraordinario. Los navíos ingleses eran muy inferiores en construcción á los franceses; pero la gran superioridad del número, sus excelentes tripulaciones y la peri-

cia de los oficiales de la armada hacían imposible la competencia.

Reunidos ya todos estos medios, se presentó Pitt al Parlamento, cuyo partido de oposición se había aumentado aquel año con unos veinte individuos poco más ó menos. Los partidarios de la paz y de la revolución francesa se hallaban más alentados que nunca, y tenían poderosos argumentos que oponer al ministro. El lenguaje que atribuyó Pitt á la corona y el que usó él mismo en esta sesión, una de las más memorables del Parlamento inglés por la importancia de las cuestiones y por la elocuencia de Fox y de Sheridan, fué sumamente hábil. Convino en que la Francia había obtenido inauditos triunfos; pero que lejos de desmayar éstos á sus enemigos, debía por el contrario infundirles más tenacidad y constancia. Que la Francia había odiado á Inglaterra y que quería destruir su Constitución y su prosperidad, no siendo además ni prudente ni honroso ceder á tan terrible odio. Decía que, especialmente entonces, era una debilidad funesta deponer las armas. Que la Francia, no teniendo más enemigos que el Austria y el Imperio, los desharía, y constante en su aborrecimiento volvería desembarazada de sus enemigos del continente á arrojarlos contra Inglaterra, la cual, sola ya en aquella lucha, tendría que sostener un terrible choque. Que por lo tanto debía aprovecharse el momento en que luchaban aún varias potencias, para atacar unidas al enemigo común, estrechar á la Francia en sus límites, priorarla de los Países Bajos y la Holanda, y sumergir en su seno sus ejércitos, su comercio y sus fatales principios. Que por lo demás sólo se necesitaba un esfuerzo, un solo esfuerzo para destruirla. Que había vencido sin duda, pero aniquilándose y empleando medios bárbaros que se habían inutilizado con su violencia misma, como se habían inutilizado en manos de los jefes de la Francia el *máximum*, las requisas y los asignados. Que todos aquellos jefes se habían precipitado por haber querido vencer á toda costa. De modo, añadía, que con una campaña más, la Europa y la Inglaterra quedarán vengadas y libres de una revolución sangrienta. Por otra parte, aun cuando no se quisiese hacer caso de estas razones de honor, de seguridad y de política y se intentara hacer la paz, esto no sería posible, pues los demagogos franceses lo rechazarían con aquel feroz orgullo que habían mostrado aun antes de ser vencedores. Además, ¿dónde había de hallárselos para tratar con ellos? ¿Dónde buscar al gobierno en medio de aquellas sangrientas facciones que se empujaban unas á otras hacia el poder, y desaparecían apenas le tenían alcanzado? ¿Cómo esperar condiciones sólidas, tratando con depositarios tan transitorios de una autoridad tan incertamente disputada? Por consiguiente, añadía que no era honroso, sino imprudente é imposible, el negociar. La Inglaterra tenía aún inmensos recursos; sus exportaciones se habían aumentado notablemente; su comercio sufría pérdidas que probaban su audacia y actividad; su marina se había hecho formidable, y sus ricos capitales iban á ofrecerse abundantemente al gobierno, para proseguir aquella guerra justa y necesaria.

Este era el título que desde el principio dió Pitt á aquella guerra y que afectaba seguir dándole, echándose fácilmente de ver que en medio de aquellas razones de tribuna no podía dar las verdaderas; ni decir

por qué maquiavélicos medios quería conducir la Inglaterra al mayor grado de prosperidad. Una ambición semejante no se proclama á la faz del mundo.

También la oposición respondía victoriosamente. No nos pedían, decían Fox y Sheridan, en la sesión última más que una campaña; se poseían ya muchas plazas fuertes, y se debía marchar á la primavera para aniquilar la Francia. ¡Ved qué resultados! Los franceses han conquistado Flandes, Holanda, toda la orilla izquierda del Rhin, excepto Maguncia, parte del Piamonte, la mayor parte de Cataluña y toda la Navarra. ¡Búsquense semejantes triunfos en los anales de Europa! Se conviene en que han tomado algunas plazas; ¡que nos digan en qué guerra se han tomado tantas en una campaña sola! Si los franceses, luchando contra toda la Europa, han obtenido estos triunfos, ¿cuáles no alcanzarían contra el Austria y la Inglaterra casi aisladas? Las demás potencias ó no pueden auxiliarnos ó acaban de negociar. Se dice que están aniquilados, que los asignados, único recurso que tienen, han perdido todo su valor y que su gobierno carece hoy ya de su antigua energía. Pero los americanos vieron bajar su papel moneda á un noventa por ciento de pérdida, y sin embargo no han sucumbido. Cuando el gobierno era enérgico le llamaban bárbaro; hoy que es más humano y templado le creen sin fuerza. Se nos habla de nuestros recursos, de nuestros ricos capitales; pero el pueblo perece de hambre, y no puede pagar la carne ni el pan, pidiendo á gritos la paz. ¿Son verdaderas esas admirables riquezas que parece se crean por encanto? ¿Se hacen tesoros con papel? Todos esos sistemas de hacienda encubren algún grave error, ó algún inmenso vacío que aparecerá de repente. Vamos dando nuestras riquezas á las potencias europeas, pues ya las hemos prodigado al Piamonte y Prusia y vamos á entregarlas de nuevo al Austria. ¿Quién nos responde que esta potencia será más fiel á su palabra que la Prusia? ¿Quién nos responde de que no será perjura á sus promesas y no tratará de paces después de haber recibido nuestro oro? Excitamos una infame guerra civil; armamos á los franceses contra su patria, y sin embargo, ellos mismos, para ignominia nuestra, reconociendo su error y la prudencia de su nuevo gobierno, acaban de deponer las armas. ¿Hemos de ir á encender las apagadas cenizas de la Vendée para renovar su horroroso fuego? Nos hablan de los feroces principios de la Francia; ¿son acaso más antisociales que nuestra conducta respecto á las provincias rebeldes? Todos los medios de la guerra son ó inciertos ó culpables... Se dice que la paz es imposible, y que la Francia aborrece á la Inglaterra; pero ¿cuándo se ha manifestado ese furor de los franceses contra nosotros? ¿No ha sido después de haberles demostrado la culpable intención de arrebatarles su libertad, de intervenir en la elección de su gobierno, y desunirles en la guerra civil? Se asegura que la paz comunicaría el contagio de sus principios; pero la Suiza, la Suecia, la Dinamarca y los Estados Unidos, que están en paz con ellos, ¿han visto destruida por eso su Constitución? Se añade que la paz es además imposible con un gobierno vacilante y frecuentemente renovado; pero la Prusia y la Toscana han hallado con quién tratar; la Suiza, la Suecia, la Dinamarca y los Estados Unidos saben con quién han de entenderse en sus relaciones con Francia; y no hemos de poder nos-

otros negociar con ella! Debían habernos dicho al empezar la guerra que no haríamos la paz hasta que nuestros enemigos estableciesen cierta forma de gobierno, hasta que quedase abolida entre ellos la república, hasta que tuviesen las instituciones que nos agradase darles.

A pesar de este choque de razones y de elocuencia, continuaba Pitt su marcha sin manifestar jamás el verdadero objeto que se proponía y obtuvo cuanto quiso: empréstito, conscripción marítima y hasta suspensión del *habeas corpus*. Con sus tesoros, su marina, los doscientos mil austriacos, y el desesperado valor de los insurgentes franceses, resolvió emprender este año otra campaña, seguro de dominar á lo menos los mares, si la entusiasta nación á quien combatía lograba vencer en el continente.

Todas estas negociaciones, estos conflictos de opiniones en Europa, estos preparativos de guerra y aquella misma variación, prueban la inmensa importancia que nuestra nación tenía entonces en el mundo. Vióse llegar á un tiempo en aquella época embajadores de Suecia, Dinamarca, Holanda, Prusia, Toscana, Venecia y América. Apenas llegaban á París iban á visitar al presidente de la Convención, que vivía á veces en un piso tercero

ó cuarto, y cuyo recibimiento atento y sencillo había reemplazado á las antiguas recepciones de la corte. Luego les conducían á aquel famoso salón, donde se sentaba en unos modestos bancos y en trajes muy sencillos aquella Asamblea que tanto por su poder como por la gran fuerza de sus pasiones no parecía ya ridícula, sino terrible. Se les ponía un asiento enfrente del que ocupaba el presidente, y hablaban sentados, respondiéndoles lo mismo el presidente y dándoles los títulos que expresaban sus credenciales. En seguida se les daba el abrazo fraternal, proclamándoles representantes de la potencia que les enviaba, y podían asistir en una tribuna reservada á aquellas borrascosas discusiones que inspiraban tanta curiosidad como temor á los extranjeros.

Tal era el ceremonial empleado con los embajadores de las potencias, siendo muy digno de la república recibir sin fausto, pero con decoro y consideraciones, á los embajadores de los reyes vencidos por ella. El nombre de francés era glorioso entonces, porque estaba ennoblecido con las más honrosas victorias, con las más puras de todas, como son aquellas que consiguen un pueblo al defender su existencia y libertad.

CAPITULO XXIX

Redóblanse el odio y la violencia de los partidos después del 12 germinal.—Nueva conspiración de los patriotas.—Asesinatos en las cárceles de Lyon por los reaccionarios.—Nuevos decretos contra los emigrados y sobre el ejercicio del culto.—Modificaciones en las atribuciones de las juntas.—Cuestiones administrativas. Baja progresiva del papel moneda. Agiotaje.—Proyectos y discusiones sobre la reducción de los asignados. Providencia importante dirigida á facilitar la venta de los bienes nacionales.—Sublevación de los revolucionarios el 1.º pradiel, año III. Invaden la Convención.—Asesinato del representante Feraud. Principales sucesos de aquel día y siguientes.—Consecuencias de la jornada de pradiel. Arresto de diferentes miembros de las antiguas juntas. Sentencia y suplicio de los representantes Romme, Goujon, Duquesnoy, Duroi, Soubrany, Bourbotte y otros comprometidos en la insurrección.—Desarme de los patriotas y destrucción de su partido.—Nuevas discusiones sobre la venta de los bienes nacionales.—Escala de reducción que se adoptó para los asignados.

Los sucesos del mes de germinal no habían producido otro resultado para los dos partidos en que estaba dividida la Francia, sino el que generalmente se ve cuando no hay uno que predomine, y es que cada cual adquiere mayor violencia y se encarniza más en perseguir al otro. Los revolucionarios de todo el Mediodía, y especialmente de Aviñón, Marsella y Tolón, más amenazadores y atrevidos que nunca, y librándose de todos los esfuerzos que se hacían para desarmarlos ó enviarlos á sus distritos, seguían pidiendo la libertad de los patriotas, la muerte de los emigrados que habían vuelto y la Constitución del 93. Seguían correspondencia con los partidarios que en todas las provincias tenían, llamándoles á sí, y excitándoles á reunirse en dos puntos principales, Tolón para el Mediodía y París para el Norte. Decían que cuando fuesen bastante fuertes en Tolón, sublevarían los departamentos y se dirigirían á reunirse con sus hermanos del Norte, que era el mismo proyecto de los federalistas del 93.

Por otra parte, sus adversarios, ya realistas, ya girondinos, habían cobrado también más osadía desde que el gobierno, acometido en germinal, había empezado las persecuciones. Teniendo en sus manos las administraciones, hacían un uso terrible de los decretos expedidos contra los patriotas; les encerraban como cómplices de Robespierre, ó como depositarios de los caudales públicos, que no habían dado cuenta de ellos; les desarmaban por haber coadyuvado á la tiranía abolida el 9 termidor, ó bien les llevaban de un punto á otro por haber dejado sus distritos. En el Mediodía, especialmente, eran más activas las hostilidades con estos desgraciados patriotas, porque la violencia incita siempre á otra violencia. En el departamento del Ródano se preparaba una reacción terrible. Regresaban los realistas obligados á huir de la cruel severidad del 93, atravesando la Suiza; pasaban la frontera, entraban en Lyon con pasaportes falsos, y hablando del rey, de la religión y de la prosperidad pasada, se valían del recuerdo de las metralladas para inclinar á la monarquía aquella ciudad enteramente republicana. Así se apoyaban los realistas en Lyon, como en Tolón los patriotas. Se decía estar oculto en la ciudad aquel Précý que tantas desgracias produjo en ella con su denuedo. En Ba-

silea, en Berna y en Lausana se mostraban más orgullosos que nunca una multitud de emigrados, hablando de su próximo regreso y diciendo que gobernaban sus amigos; que en breve iba á restablecerse en el trono al hijo de Luis XVI, el cual les llamaría y volvería sus bienes, y que por lo demás, excepto algunos jefes militares que deberían sufrir un castigo, todo el mundo contribuiría con vivos deseos á esta restauración. En Lausana, donde toda la juventud era entusiasta por la revolución francesa, sufrían mil incomodidades y les obligaban á callar; en otras partes les dejaban hablar, despreciando sus fanfarronadas, por la costumbre que tenían de oírlos hacia seis años; pero desconfiaban de algunos de ellos que estaban pagados por la policía austriaca, para espiar en las posadas las conversaciones imprudentes de los viajeros. Por esta parte, es decir, hacia Lyon, se habían formado partidas que, con los nombres de *compañías del Sol y de Jehú*, debían recorrer los campos ó penetrar en las ciudades, degollando á los patriotas que se habían retirado á sus haciendas ó que estaban detenidos en las prisiones. También regresaban por esta frontera y se habían diseminado ya por todas las provincias del Este los clérigos deportados, los cuales declaraban nulo cuanto habían hecho los juramentados. Volvían á bautizar á los niños y á desposar á los casados, inspirando al pueblo odio y desprecio hacia el gobierno; cuidaban, sin embargo, de estar cerca de la frontera, para escapar por ella á la primera señal. Los que no habían sido desterrados y gozaban en Francia de una pensión vitalicia y del permiso de ejercer su culto, no abusaban menos que los deportados de la tolerancia del gobierno. Disgustados con tener que decir misa en casas alquiladas ó prestadas, sublevarían al pueblo y le incitaban á que se apoderase de las iglesias, que se habían hecho propiedad de los ayuntamientos; lo cual había producido ya algunas escenas desagradables, teniendo que usar de la fuerza para imponer respeto á los decretos. En París los periodistas, vendidos á los realistas, ó incitados por Lemaitre, escribían con más descaro que nunca contra la revolución, defendiendo casi sin rebozo la monarquía. El autor del *Espectador*, Lacroix, había sido declarado libre de las persecuciones dirigidas contra él, y desde